

# HOMILÍA

PREDICADA EN LA CATEDRAL DE MONTERREY EL DOMINGO

DEL BUEN PASTOR, 23 DE ABRIL

DE 1882.



*Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis.*

El buen pastor da la vida por sus ovejas.

JOAN. X, II.

**Q**UÉ serie de cuadros á cual más poéticos, tiernos y encantadores nos ofrece, en breves palabras, el Evangelio de este día! Jesucristo aparece como el pastor por excelencia, el buen pastor que no piensa sino en sus ovejas, que por ellas se desvive, que las cuida y las apacienta sin descanso, y que las ama al extremo de dar su vida por salvarlas. Primero lo vemos en los tiempos tranquilos, conduciendo sus ovejillas por montes y laderas á los pastos más saludables y las aguas más puras. Busca con ahinco la oveja que se descarría, por entre barrancos y matorrales, y no pára hasta que sobre sus hombros la conduce al redil. Todas las ovejas lo conocen, y saben distinguir su voz entre ciento; y él las conoce una por una, aunque se cuenten por millares,

y á todas acaricia y á todas dirige tiernas miradas y palabras cariñosas.

Pero no todas las épocas son de paz y bonanza. Llega de los montes el lobo carnicero; se introduce en el aprisco y causa tremendos estragos. Firme en su puesto permanece el buen pastor, y perece él mismo en la desigual contienda antes que permitir que se pierda un solo corderillo. Entretanto el zagal mercenario del vecino redil huye cobardemente, y se dispersa su amedrentada grey.

¡Qué serie de cuadros tan bella y patética! ¿A qué pincel será dado copiar algún episodio siquiera de las tiernas escenas que se dignó trazarnos con sus propios labios nuestro adorable Redentor? Dos son los que á nuestros ojos se ofrecen más á menudo. El primero nos representa al Buen Pastor muerto por sus ingratas ovejas en afrentoso patíbulo; y así lo hemos estado contemplando durante las largas semanas de penitencia que acaban de pasar. En los días de regocijo que siguen á la Pascua, place más á la Iglesia hacernos contemplar á Jesús buscando sus ovejas por montes y por valles; y en este día, como sabéis, se acostumbra llevarlo bajo las especies sacramentales á los enfermos crónicos, á los encarcelados y cautivos, que no pueden venir al templo á recibirlo.

Quisiera yo poder trazaros hoy día el cuadro halagüeño á que estáis habituados; pero las circunstancias tris-tísimas en que se encuentra una gran parte de la diócesi que el Espíritu Santo me ha encomendado, me obligan á presentar á vuestra vista otro, si menos dulce más útil, si menos lisonjero más acomodado á nuestra situación.

Jesucristo es el Buen Pastor por excelencia; pero no

el único. Otros, como observa San Agustín, también dieron la vida por sus ovejas, como miembros de Cristo, nuestra Cabeza. Buen pastor fué Pedro, y lo fué igualmente Pablo, y lo fueron los demás Apóstoles. *Quid Petrus? Nonne bonus Pastor? Nonne et ipse animam suam pro ovibus posuit? Quid Paulus? Quid cæteri Apostoli?* ¿No fueron buenos pastores igualmente los Obispos que les sucedieron? ¿No tenemos en época más reciente un brillante ejemplo del buen pastor que da la vida por sus ovejas en el glorioso mártir Cipriano? *Quid eorum tempora consequentes beati Episcopi martyres? Quid etiam iste sanctus Cyprianus? (Serm. 50 de verbis Domini).*

Y Tomás de Cantuaria, podríamos añadir nosotros, y tantos otros Prelados de los tiempos modernos, ¿no han derramado su sangre, no han corrido á voluntaria muerte por sus ovejas? ¿No fueron ellos, por ventura, buenos pastores, y no estamos llamados á seguir su ejemplo los Prelados todos á quienes el Señor ha encomendado una porción más ó menos importante de su rebaño?

Las mismas escenas se repiten periódicamente en el redil de Cristo. Los mismos descarríos de algunas ovejas, los mismos asaltos del lobo montaraz, las mismas luchas, los mismos triunfos, los mismos desastres se van renovando de tiempo en tiempo, y dan ocasión á las ovejas de manifestarse fieles ó rebeldes, y al pastor de mostrar si es verdadero pastor ó vil mercenario. Hoy, Hijos míos, es para nosotros uno de esos momentos de prueba decisiva y lucha encarnizada. Aunque no por fortuna en este rincón del aprisco, el lobo se ha introducido en mi redil, está desgarrando las ovejas, devorando mis corderos, procurando mutilar aun á mis sorprendidos zagales.

Hoy más que nunca necesito dirigirme á vosotros para que roguéis al Supremo Pastor de las almas que me conceda constancia y fortaleza en la lucha que no he provocado, pero que mi deber me obliga á aceptar. Hoy más que nunca necesito exhortaros á todos á permanecer agrupados en torno de vuestro Pastor, y á velar, pues estáis en paz, por los otros corderillos cuyos blancos vellones ya ha empezado á teñir en sangre el lobo asesino. Hoy más que nunca debo pedir vuestras oraciones por los venerables párrocos y sacerdotes que la persecución ha traído á mi lado, y á quienes es indispensable esa invicta paciencia que sólo de lo alto puede venir.

Al explicaros, por tanto, el Evangelio de este día, me fijaré especialmente en el cuadro terrible de la lucha del buen Pastor, con el lobo que invade su grey; y haré las reflexiones y aplicaciones que la historia evangélica y nuestras circunstancias particulares me vayan sugiriendo.

## I

Tan familiarizados estamos con el semblante apacible de Jesús, que sostiene en sus hombros ó acaricia en su seno el corderillo enfermo ó recién encontrado, que casi no podemos concebir de otra manera la imagen del bueno y santo Pastor. Es en él tan dulce y tan simpática la virtud de la mansedumbre, que parece que sea la única que le conviene; y no pocos, llevando hasta la exageración esta idea, han llegado á formar conceptos erróneos acerca de las cualidades que Jesucristo exige en el pastor fiel á sus deberes. Llegan algunos á figurarse que la sonrisa que acostumbran ver en los labios del mayoral que acaba de encontrar la oveja perdida, debe brillar perpetuamente en su rostro, aun en los momentos en que el lobo lo asalta. Se imaginan que debe cruzarse de brazos aunque vea que se dispersa su ganado, y que la única arma que debe esgrimir contra el ladrón y el lobo, es el *silencio*, un silencio no interrumpido en circunstancia alguna. Convierten así al pastor en uno de aquellos muñecos que desde los tiempos más remotos hasta nuestros días se ha acostumbrado poner en los campos y designamos con el nombre de *espantajos*; estatuas grotescas que ahuyentan quizá tordos y golondrinas, pero